

Ponencia del Partido Socialista Costarricense, remitida a la Confederación General de Obreros y Campesinos de México

Se refiere a la necesidad de organizar la Internacional Socialista
Hispanoamericana

20 de diciembre de 1935.

Compañeros Delegados al Segundo Congreso
de la Confederación General de Obreros
y Campesinos de México.

Compañeros:

Aprovecha el Partido Socialista Costarricense la oportunidad de esta magna asamblea, en la que hay más de doscientos cincuenta mil trabajadores mexicanos representados, deseosos de discutir y de conocer a fondo importantes problemas que se relacionan con el proletariado de la América Latina, para exponer concretamente algunos puntos de vista que nuestra agrupación considera trascendentales.

Todos sabemos que el momento actual del mundo es de honda inquietud; y sería delito inexcusable que mirásemos con indiferencia la trágica situación que nos azota a lo largo y a lo ancho del Continente y en las islas del Caribe, cuando vive la humanidad un momento histórico, crítico, de reajuste de todos sus valores, imposible de llevar a cabo con simples paliativos.

Son realidades tangibles, a las cuales debemos enfrentarnos con planes científicamente estructurados, el desequilibrio económico que se refleja en las mayorías trabajadoras; la consiguiente desesperación de las masas explotadas; la complicidad del capital y de los gobiernos de fuerza que tratan de salvarse por medio del terror; el derrumbamiento, en suma, de un régimen que ha traído como consecuencia ya prevista su propia descomposición, al concentrar en pocas manos la riqueza que todos producen.

Pero si el sistema capitalista cumplió con largueza su destino; si su caída se vislumbra, para dar paso a una radical transformación de la infraestructura en que el mundo contemporáneo se debate; si hoy es despotismo lo que ayer se consideraba como libertad, porque la tesis individualista de dignificación y de superación humanas, y el liberalismo clásico, han venido a convertirse en odiosa tiranía de los privilegiados, con perjuicio de los desposeídos; si asistimos, pues, al nacimiento de una nueva sociedad, hemos de comprender claramente los hispanoamericanos que tenemos ante nosotros problemas peculiares, propios, inconfundibles, diferentes sin duda a los que ofrece la realidad de los grandes países superindustrializados.

En nuestra América, con sus ancestrales contradicciones, con su ritmo retrasado, con el dominio del imperialismo extranjero en vastas regiones de su territorio, coexisten formas de producción prehistóricas, feudales, semif feudales, la indus-

tria familiar, el artesanado, la servidumbre y las manufacturas en pequeña escala, con la etapa de la fábrica, que es la concentración fuerte de la industria, y con el trust y con el monopolio ejercidos por el voraz capital imperialista. En otras palabras, aun cuando el ritmo de producción en América Latina difiere esencialmente del ritmo europeo y del ritmo norteamericano, tenemos no obstante el tractor, el aeroplano y los más modernos equipos de las industrias extractivas, controladas por el capital monopolista, junto al arado egipcio y la carreta de bueyes.

Esto quiere decir que en América Latina confrontamos entonces la misma explotación que sufren las masas trabajadoras de los países de economía desarrollada; que también en nuestras repúblicas semicoloniales existe la antinomia de las grandes potencias capitalistas, entre el modo colectivo de producción y el modo individualista de apropiación; y que, por consiguiente, tomando además en cuenta la interdependencia económica de las naciones, hemos sido arrastrados sin remedio al torbellino de la crisis mundial que ahoga y tortura por parejo a todos los habitantes del planeta.

Ante hechos en tal forma palpables se encuentra Hispano América. Y la manera de buscar remedio a la situación tiene que estudiarse cuidadosamente, observando la experiencia de otros pueblos y adoptando las doctrinas que en ellos han servido de base, no como dogmas sino como métodos de lucha aplicables a la realidad latinoamericana. Y con este material en nuestro haber, con pleno conocimiento de nuestros problemas peculiares, estaremos preparados para formar cerebralmente nuestra propia táctica y para ponerla en vigor, a paso firme, porque no será un producto de la cabeza de nadie, sino un reflejo exacto de lo que somos y de las posibilidades que tenemos para mejorar la vida de los trabajadores.

Pertenece a los latinoamericanos a un solo pueblo. Nuestro inmenso territorio no está dividido por la naturaleza, ni por diferencias étnicas, raciales o idiomáticas. Artificiales y caprichosas son las fronteras que nos separan. Una misma es nuestra pulsación colectiva. Iguales las modalidades psicológicas y políticas de México al Cabo de Hornos. Una misma la Historia y la tragedia y "el clima" en que se mueven, succionados y escarnecidos, cien millones de seres humanos.

Lógico es, por lo tanto, que en un afán intenso de liberación unamos nuestras fuerzas, de tal manera que queden cohesionados los grupos hispanoamericanos de vanguardia. Sólo así podremos enfrentarnos con perspectivas de victoria al poderío capitalista, a los grandes propietarios de los medios de producción y de cambio, a los terratenientes y a los banqueros criollos. Y sólo así será posible defender la vacilante economía de veinte pueblos, maltrecha y acogotada por la rapiña del imperialismo.

Centro América y las naciones hermanas del Caribe, principalmente, se hallan en grave peligro por la expansión militar y económica de los Estados Unidos. Y si los hombres de visión de estos países, y los del resto del Continente, no toman especial empeño en conocer a fondo los más importantes aspectos de la penetración imperialista para combatirla con acierto, nuestra comunidad latinoamericana dejará de ser el laboratorio social con que sueñan algunos pensadores, para convertirse en centro de conflictos armados de las grandes potencias.

El Canal de Panamá, el Golfo de Fonseca, el Mar Caribe y las pequeñas repúblicas ubicadas en esta sección estratégica del mundo, forman ya la zona de influencia de los Estados Unidos; y a ella convergen los ejércitos, las fortificaciones, los calculados preparativos bélicos de la Federación anglosajona. Es urgente por lo mismo que sepamos el por qué de tales preparativos y que busquemos la forma de evitarlos, para que nuestra América pueda seguirse considerando como una reserva de la humanidad, libre de las grandes catástrofes guerreras que en otras regiones y en otros climas han dejado al descubierto, en trágica desnudez, toda la barbarie que encierra la civilización occidental de tipo capitalista.

Mas para comprender y orientar la política defensiva del Continente hispano-